

Jesús Manuel Zulueta

Finales del XIX en España: otra mirada

El final del siglo XIX en España supuso para el país un momento crucial en su devenir histórico. La decadencia secular alcanza su punto climático en 1898 con la pérdida de las últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Los intelectuales (quizás no tanto el pueblo) constataban definitivamente la decadencia de lo que una vez llegó a ser un gran imperio. Sobre la visión de los españoles mucho se ha escrito, pero no tanto de la que aportaron por distintos cauces otros que compartían en su parte fundamental una misma cultura: los escritores hispanoamericanos.

Desde aquel continente se expresaba una perspectiva singular. La visión hispanófoba de lo español que había predominado después de la emancipación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas adquiere en las últimas décadas del siglo un acento distinto que pone énfasis en lo que de común compartían. Todo esto venía alentado también por la coyuntura en la que los Estados Unidos imponían una política cada vez más imperialista sobre el resto del continente. España sería en el 98 un país damnificado por ese dominio; lo que aparentemente iba a constituirse en el eje vertebrador para alcanzar la libertad acababa dando la cara con un régimen que imponía la servidumbre en el resto de naciones del subcontinente. Era lógico por tanto que se desarrollara una especie de hermandad entre españoles e iberoamericanos.

Otro aspecto interesante que se podrá encontrar entre los escritores hispanoamericanos será sus reflexiones sobre la polémica cuestión de la identidad española latente en el país casi desde su nacimiento, y que iba a plantearse con más intensidad con los nacionalismos periféricos en el periodo referido.

Además, en el ámbito de lo puramente literario, en el siglo XIX se habían superpuesto en las últimas décadas las corrientes más significativas: Romanticismo, Realismo, Naturalismo y Modernismo. Será esta última la que en Hispanoamérica tendrá un carácter más singular y de la que muy pocos artistas se sentirán ajenos. Ello va imponer una nueva sensibilidad que acabará manifestándose de una manera u otra entre

los viajeros hispanoamericanos que pasaron por España en aquel momento. Como muestra de aquellos escritores hablaré de Juan Zorrilla San Martín, Justo Sierra y Manuel Ugarte.

Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1855-1931) es uno de aquellos escritores que a su paso por España plasmaron sus reflexiones, en un libro titulado *Resonancias del Camino* (1896). Fue uno de los representantes más notorios del Romanticismo hispanoamericano. Se trata de una obra que recoge también sus impresiones por otros dos países europeos: Francia e Italia. Es un libro de encargo que se fundamenta básicamente en una serie de cartas que envía a su mujer desde España a Uruguay en 1893, lo que da al estilo la impronta de complicidad propia de lo epistolar.

Su percepción estará marcada entonces por la perspectiva propia de un escritor del Romanticismo. Su viaje no es sólo un desplazamiento físico, más aún se trata de una búsqueda interior: “Convencido de que un libro de viajes, que no sea de exploración, no puede ser mucho más que eso, si no se quiere hacer una guía comercial” (8); y además añade: “Eso será este libro: las fases de mi espíritu a través del espacio: no yo en el mundo, sino el mundo en mí” (17). En esta línea romántica dibuja paisajes crepusculares, nocturnos y cenicientos, plenos de lirismo que reflejan su espíritu. Dentro del Romanticismo opta por aquel que recoge los valores más tradicionales, con abundantes expresiones de religiosidad. Esta visión romántica coincide con el Modernismo en una valoración positiva del pasado y el rechazo del progreso y el pragmatismo que se había impuesto en la historia del pensamiento a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Mezcla en su obra amplios conocimientos de Historia, Arquitectura y Arte, junto a leyendas típicamente románticas.

Se trata de un viajero que proyecta lugares comunes del género, por ejemplo al comparar “la vida humana a un viaje, y el hombre, que debe morir, a un viajero que se encamina a su morada” (19); o contemplar el viaje como un *locus amoenus* que permite trascender las preocupaciones rutinarias de su vida.

En lo que se refiere a la percepción del otro, da por lo general una imagen positiva de lo español. No son esporádicas calificaciones como “buena tierra española” o referirse a la “madre España”. Intentó profundizar en su definición hasta encontrar lo que daba unidad a un país tan complejo:

¡Qué diferencias de carácter entre las distintas regiones de España!

Está más lejos Sevilla de Barcelona, que Méjico de Buenos Aires.

Y sin embargo existe, indudablemente, una gran patria española; la variedad precisamente es lo que constituye el vigor de su unidad. En ninguna parte mejor que aquí puede realizarse el ideal de la descentralización administrativa dentro de la más inquebrantable unidad política (43).

Es curioso que un país como España, paradigma secularmente de déficit de libertades en el marco de la vieja Europa, llame la atención de Zorrilla de San Martín como modelo de estructuración política:

en la sabia organización de los gremios con derechos y representación colectivos, en sustitución del sufragio individual, está acaso la solución de las dificultades que ofrece en su aplicación nuestro hermoso régimen democrático (45).

Parece que aquel Positivismo tan extendido por Iberoamérica basado en el orden y en el progreso y que relegaba a un segundo término el concepto más puro de libertad se impone también en este escritor romántico.

Las anotaciones sobre España se refieren a Madrid, Cataluña, Sevilla, Toledo y el Valle del Soba, en Santander.

Como muchos viajeros románticos, se fija especialmente en el vestido como expresión de la personalidad. Así destaca que “Madrid es el espécimen [sic!] de España. Se viste de capa, y de abarca, y de boina, y de mantilla, y de calañés, y de zaragüelles, y de frac, y de uniforme palatino o académico” (43).

En Cataluña también distingue este elemento, y añade la lengua: “La barretina roja o azul, hermana del gorro frigio, cubre las cabezas de los hombres. Primer cambio de lengua: oigo hablar catalán en las estaciones” (27). Este último aspecto es importante para que un romántico distinga la potencialidad de un territorio para constituirse en una nueva nación. Sin embargo, este uruguayo no será defensor de la secesión del territorio catalán, proyectando así una inquietud íntima muy extendida especialmente en el subcontinente americano: el concepto indivisible de la patria. Y quizás fuera así por la paradoja de tener que defender unas señas de identidad difíciles de distinguir de las de otros países del mismo ámbito. Quiero decir que realmente la división geopolítica de las repúblicas hispanoamericanas no obedecían a criterios estrictamente culturales, porque diferenciación cultural exactamente no había apenas, sino a otros tipos de intereses donde

predominaron sobre todo las ambiciones de poder y los beneficios económicos. Y después habla de su carácter: recio, serio, laborioso, emprendedor. En este sentido Zorrilla de San Martín asume los principios de la nueva sensibilidad modernista que desprecia lo pragmático, y por eso echa de menos otros aspectos del resto de España:

Casi me he olvidado a veces de que estoy en España; y por más títulos que conquiste Barcelona al amor y a la admiración del mundo, jamás adquirirá ninguno que equivalga para ella a su título de española (46).

En el libro de viajes es común encontrar reflexiones del autor ilustradas con referencias literarias. Para expresar con más claridad si cabe sus propias ideas Zorrilla de San Martín recurre a la fábula de la hormiga y la cigarra como imágenes que distinguen la esencia de Cataluña y Andalucía; pero lo hace con la inversión de lo negativo y lo positivo, de manera que lo valorado por él es la actitud de la cigarra que reflejaría las inquietudes propiamente humanas, frente a la laboriosa hormiga que nunca alcanzará la perfección por no ocuparse de la búsqueda de la belleza y de lo espiritual. Encuentra no obstante entre los artistas catalanes uno que sí responde a su modelo: Mariano Fortuny (1838-1874), que supo conjugar en su obra inspiración y trabajo.

En sus conclusiones sobre el análisis de Cataluña era coherente que terminara con una crítica contra el progreso que destruye ciudades como Barcelona. Y en línea con su pensamiento conservador propone, a partir de una reflexión sobre el monasterio de Montserrat y de los conflictos proletarios en las fábricas catalanas, una fórmula para terminar con la lucha de clases: la doctrina de la Iglesia que permitiría la hermandad entre todos los seres humanos.

Por el contrario, Toledo supone como ciudad una identificación absoluta con el espíritu de este escritor, y resume su concepto del viaje: “Creo que lo maravilloso de esta ciudad está en nosotros mismos, en la proyección de todo esto sobre nuestro espíritu” (328). En Toledo proyecta además su afición a las letras:

Con qué facilidad crea allí la imaginación el cuadro que responde a ese fondo: la riña, el desafío de la calleja, el paso sigiloso del matón o del amador nocturno, la confidencia o la despedida del amante a través de la reja en plena edad media, en guerra de moros (331).

Pero en línea con lo expuesto anteriormente continúa una abierta crítica hacia el progreso que aleja la esencia espiritual del hombre, porque

sus pobladores rompen el encanto de la ciudad al asumir los avances de la civilización.

Algo que distingue los libros de viajes de otros géneros narrativos es que no tienen exactamente un “final”. Esto quiere decir que el relato no va dirigido hacia un desenlace (aunque fuera abierto), podría acabar en la descripción de cualquier circunstancia del trayecto; mientras que una novela o un cuento busca cerrar una historia, aunque no se resuelva de forma explícita. En este sentido el libro de Zorrilla de San Martín es un tanto singular, porque se trata de una obra del género que sí tiene una buscada resolución, acaba en San Pedro, la aldea de su padre y de sus abuelos en el Valle del Soba en Santander. Con ello su “sangre” ha desarrollado un viaje de ida y vuelta. Las últimas palabras expresan también un tópico de la historia literaria y del pensamiento: la identificación de la vida con un viaje y el final de este con la muerte: “El mundo está callado como un muerto: las altas horas pasan silenciosas sobre él. Hasta mañana” (361).

Justo Sierra (1848-1912) es uno de los ensayistas mexicanos más importantes del siglo XIX, con influencias del Romanticismo y el Positivismo, e incluso frecuentemente visto como precursor o iniciador del Modernismo. Sus libros de viajes tienen un tono íntimo; contrasta lo vivido en ellos con sus propias experiencias. Los autores de libros de viajes que más le influenciaron fueron los grandes historiadores franceses del siglo XIX, en particular Renán, con su *Plegaria en la Acrópolis*, sobre todo por su concepción de la historia y las oraciones líricas con que acaba sus capítulos, y el español Emilio Castelar, por su obra *Recuerdos de Italia*. Analiza la situación y el carácter de cada país, con un discurso salpicado por sarcasmos e ironías que dan una recurrente pincelada de humor. Sus impresiones sobre España se publicaron en la revista *El Mundo Ilustrado* de la ciudad de México, de abril de 1901 a julio de 1903. Son artículos que recogen también sus notas de viajes por otros países europeos, que tenía intención de publicar con el nombre de *En la Europa latina*, cosa que no llegó a realizar. Ese tono íntimo de sus libros de viajes se hace explícito cuando dice:

una señal indudable de que ya por fin llegó para mí la vejez es esta manía de exhibir mi yo [...]. Escribo estos apuntes en primero y segundo lugar para mí; en tercer lugar para los míos, en sexto para los demás. Por eso me analizo. Es la curiosidad de sí mismo que asalta a uno cuando ya se va acercando la liquidación (Sierra 1991: 248).

No es extraño que en buena parte de su libro de viajes se sienta especialmente atraído por lo antiguo: “Me interesan mucho las ruinas, más que los edificios viejos, y estos más que los nuevos; en realidad me gusta de veras sino lo que tiene historia” (245). Pero su actitud está ya muy lejos del tono melodramático romántico, y su lirismo siempre resultará contenido y mesurado. En este sentido es importante que utilice una cita del autor catalán Jaume Rusiñol donde se defienden los principios modernistas, que el mismo Sierra hace suyos: devoción por la belleza y desprecio por lo que denomina “mal de prosa”, elitismo, espiritualidad frente a materialismo, crítica de la hipocresía social y reparos al régimen democrático. En relación con todo esto son frecuentes sus reflexiones de carácter existencial, inspiradas fundamentalmente por las catedrales e iglesias góticas que describe:

Pero qué impresionantes son estas iglesias tristes por desnudas, por sombrías, por austeras. ¡Rusiñol dice que son nidos tibios para quienes tienen frío en el alma! ¡Oh! poeta, esto es lo que se filtra en gotas de hielo dentro del alma y la enfría con el frío definitivo del sepulcro (227).

Mucho más explícita se hace esta preocupación en el siguiente fragmento dedicado a la catedral de Barcelona, donde incluso aparece el símbolo del agua con reminiscencias manriqueñas:

Cesamos de charlar, de comentar, nos parecía que aquella tiniebla estaba formada de átomos, de plegarias, de lágrimas de dolores; aquello no hablaba de esperanza, ni de redención, ni de gloria; aquello era una mano helada que nos apretaba la garganta. ¿Estamos por algo en este mundo? ¿Vamos hacia algo? ¿Es un torbellino de átomos este que nos arrebata, que formó el acaso y se disolverá en la nada? O nuestra conciencia es el reflejo de otra conciencia y obedecemos sin saberlo, a una orden [...] Salimos por el claustro más claro: vimos cosas viejísimas del siglo XI, sarcófagos, relieves, ¿qué sé yo? Hasta las plantas del jardinete, hasta el agua de la fuente me parecía hecha de historia, de leyendas, de pasado. No se movía, el agua nunca es muda, siempre habla, siempre tiene algo que decir aun cuando esté inmóvil. Aquello era el silencio líquido (223-224).

Son pensamientos que atienden ya más a una desazón compartida por románticos y modernistas. Así no es extraño encontrar en Sierra una profunda admiración por la obra del arquitecto catalán Gaudí, “un alma distribuida en formas infinitas y cuya unidad enteramente subjetiva vive en la fe religiosa” (232).

Otro sello de modernidad se lo da a su obra el humor, más notorio si cabe porque lo alterna con pensamientos trascendentes, y también

porque es capaz de hacer bromas sobre sí mismo. Valga como ejemplo la descripción de la iglesia barcelonesa de Santa María del Mar,

tan alta la nave o más y más estrecha, por lo que parece más alta, altísima; naves para escapes de almas místicas, como la mía, que si no se me ha escapado es porque la retienen a la tierra las veinte o cuarenta arrobas de mi peso corporal (227).

Esa chanza sobre su físico no desaparece ni siquiera cuando acuden a su mente recuerdos tan íntimos y serios como los de su madre; ocurre cuando una niñera mexicana, seguramente mestiza o indígena por el tipo de reflexión que hace, besa el manto de la virgen de Montserrat:

que representa todo lo que una raza desheredada guarda de amor y anhelo por un ideal de misericordia infinita, me quise arrodillar, quise esconder la cara entre las manos y quise llorar. La tumba de mi madre que duerme en mi santuario interior, se abría [...] ¿Y el fraile que es usted –me diría Manuel Flores–, se arrodilló? –No; soy un fraile apóstata, gordo, débil; me dio vergüenza [...] (247-248).

Al describir este monasterio de Montserrat dice, aludiendo a su buen apetito, que “era la impresión de un escaparate de pedrería tras un cristal; era [...]. Era la hora de almorzar” (245-246). Y al referirse a un grupo de intelectuales, “toda gente de acción y de pasión”, confiesa: “¡Cómo nos gustan éstos a nosotros los inertes, los gordos!” (254).

También recurre al humor fundamentado en la elipsis cómplice con el lector; así, en la visita a la Casa Consistorial de Barcelona, recuerda que “después de una estación en el cuerpo de guardia en que hacía un frío de todos los [...] condes de Barcelona, subimos y fuimos excelentemente tratados” (221). Esta complicidad también se hace notar a través del uso de los paréntesis que revelan la presencia de un narrador más íntimo y cercano, y que, además, resulta un marco apropiado para expresar el humor, esta vez a través de ironías como la que sigue al referirse a la Catedral de Barcelona: “nos quedamos boquiabiertos, frente a una gigantesca testa de moro clavada en un alto muro bajo el órgano (yo no creía que los moros fueran tamaños)” (226). En este sentido el autor llega a manifestar un grado de interlocución expreso al hablar, por ejemplo, del Gobernador de Cataluña, el historiador y escritor Eduardo Hinojosa: “¡qué gran literato es mi admirado amigo! Ni sus defectillos de literato le faltan. Me prometió muchas cosas. Creerán ustedes que me las ha cumplido; pues no” (235). Ambos recursos se unen cuando utiliza un humor irreverente que tiene

como tema lo religioso; así, al referirse a Montserrat dice: “si quieren saber cómo se apareció la virgen (hecha por San Lucas, que según parece, tenía un taller de importación) en una gruta” (245).

Aunque el motivo de su visita a España fue en realidad un viaje de carácter diplomático a Madrid, en su libro sólo dedica sus notas a Cataluña. Apenas hay un breve comentario sobre las ciudades españolas en general; breve pero importante, porque expresa la fuerte personalidad de las ciudades de segundo orden en España e Italia, frente a las francesas que,

o son fastidiosas si no se parecen a París, o son “cursis” si quieren parecerse. Para vivir fuera de la capital en uniformísima Francia urbana, a pesar de Rouen y de Avignon, es necesario buscar el mar en Bretaña, o un castillo a orillas de la Loire, o un hotel en Cannes o Monte Carlo, digo, en Niza, que da lo mismo. En Italia, en España, no; hay ciudades que no remedan la capital, que viven de sí mismas, que son artísticas, socialmente autónomas, que son personas y no reproducciones, que tienen “sello” (219).

Barcelona es una ciudad especialmente alabada por Sierra, sobre todo por su modernidad, el crecimiento urbano modélico y la especial disposición de sus bulevares. Y esto pese a su debilidad por los monumentos antiguos con historia. Es frecuente encontrar incluso imágenes como éstas que anticipan la Vanguardia: “Ya era la ciudad una nébula formada de átomos de electricidad luminosa y el mar una placa de acero negro” (219).

También participa Sierra del arielismo que se extenderá entre tantos autores hispanoamericanos a partir del 900. Al terminar el relato de su viaje a Estados Unidos dice:

Cosa extraña, venía yo del país de la libertad y me parecía que la recordaba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo del que me separaban cincuenta metros ya en aquel instante, me había hecho el espíritu el efecto de diez arrobas de cuero sobre el pecho (6).

En otro momento compara las catedrales góticas de Nueva York y Barcelona, “ésta fría, oxidada por el tiempo, sobria, grande, está brotando de un sentimiento; aquella de una caja fuerte” (226). Y, por último, expresa su pesar por la estrategia poco honorable de Estados Unidos en la guerra de Cuba, al describir los acorazados españoles atracados en el puerto de Barcelona:

Por todas partes barcos, algunos magníficos; dos famosos frente a nosotros: el Pelayo, blanco, blanco, con sus torrecillas y sus cañones; ¡pobre

Pelayo!, o habría naufragado como sus compañeros de armas, o habría a estas horas cambiado de color en el arsenal de Brooklyn, si hubiese ido a la guerra, pero no fue Pelayo; y fue una tontería de sus compañeros el haber caído de bruces en el infernal garlito (220).

Buena parte de sus notas están dedicadas al análisis del problema catalán. Las causas más inmediatas de los brotes separatistas estarían según Sierra en las consecuencias de la guerra de Cuba, que provoca el hundimiento del comercio colonial catalán: “Esta exasperación tiene una válvula, la hostilidad sorda, pero constante, pero incurable contra el gobierno español” (222). En realidad, el conflicto surge entre los mismos catalanes, entre la burguesía y el partido obrero que no quiere quedar sometido a ella después de una posible independencia; conflicto secular derivado, según Sierra, del enfrentamiento entre la aristocracia catalana y los payeses. Como otros escritores hispanoamericanos también lamenta ese problema secesionista. Al hilo de estas reflexiones manifiesta una crítica contra el movimiento revolucionario y, por otra parte, contra el dominio cada vez mayor de la iglesia en el sistema educativo. De alguna manera estos comentarios de Sierra son situaciones de riesgo que en las décadas siguientes se manifestarán en su país de origen dentro del proceso de la revolución mexicana. Mucho antes de que esto ocurra ya parece que vaya tomando partido contra quienes protagonizan estos movimientos, de manera que su crítica a los socialistas catalanes podría extrapolarse a los sucesos que se vivirán en México en la segunda década del siglo:

El espíritu emprendedor catalán ahora se manifiesta en su carácter levantisco: lo obliga a marchar en densas y formidables columnas, serio, obstinado, fríamente furioso por las calles de Barcelona, rompiendo y destruyendo. ¿A la conquista de qué? De un mundo de riqueza y bienestar, del Paraíso. ¿Y en dónde está? Quién sabe, donde va esa bandera roja con letras negras que dicen “Viva lo social” (222).

Y en particular sobre su anticlericalismo, llama la atención que un hombre profundamente espiritual, y diría incluso que religioso, ataque de una manera tan furibunda a la Iglesia, expresando así un asunto latente en su propia sociedad y que luego derivaría en el enfrentamiento del estado mexicano contra el clero. En el análisis sociopolítico que hace de España, éste sería el asunto que Sierra destaca como de mayor importancia:

no sé que haya problema más grave en España, el político y el económico me parecen subproblemas al lado de éste. Esa bandera de humo de la

fábrica, esa casa sin bandera de la escuela clerical, son enormes barras negras en el futuro español; o negras, o rojas como el escudo catalán (229-230).

Manuel Ugarte (1878-1851) fue uno de los escritores argentinos que defendieron las ideas socialistas y, en consecuencia, se opuso al imperialismo estadounidense y a la filosofía del panamericanismo. Fue autor de varios ensayos dedicados a la crítica literaria: *La joven literatura hispanoamericana* (1906), *Las nuevas tendencias literarias* (1908), *El arte y la democracia* (1909) y *Escritores iberoamericanos de 1900* (1943). Testimonio de sus ideas políticas son las siguientes obras: *El porvenir de la América española* (1920), *Mi campaña hispanoamericana* (1922), *El destino de un continente* (1923) y *La patria grande* (1924). A la literatura de viajes corresponden dos de sus obras: *Crónicas del bulevar* (1903) y *Visiones de España (apuntes de un viajero)* (1904), que es el que interesa en este estudio.

Varias veces expresa que su viaje por España dura un mes. Al principio del libro, Ugarte manifiesta el propósito de su viaje con una actitud de respeto y de identificación con el espíritu hispano: “Venimos á penetrarnos de su alma secular, a recrearnos en sus bellezas y á visitar sus fundamentos y sus ruinas, como hijos respetuosos que se descubren ante la vejez de padre [...]” (Ugarte 1904: 11). Sin embargo, más adelante precisa: “Pero á nosotros lo que nos interesa no son los monumentos ni las reliquias históricas, sino la vida, las costumbres, el alma actual de la población” (59).

En su propósito de presentar una visión objetiva de la realidad recurre con cierta frecuencia a la transcripción de sus diálogos con la gente. En esta línea pretende reflejar el país más con la descripción del paisaje y de las costumbres de sus habitantes que con juicios de valor. Las primeras impresiones seleccionan algo propio del viajero romántico, el vestido, lo que también refleja el carácter de la gente: “Los colores verdes y rojos de los trajes de los lugareños se destacan sobre el paisaje resplandeciente” (16), aunque esta imagen tan colorista es excepcional en el libro. A continuación hay una referencia al ejército que puede sugerir el estado en que se encuentra el país: “Dos soldados de caballería, salpicados de lodo, desembocan por una calle, al paso lento de sus monturas”. En tercer lugar se refiere a uno de los pilares de la cultura española, la religión: “Las campanas sonoras de una iglesia llaman obstinadamente á las devotas que taconeán rápidamente las

aceras y desaparecen por un callejón que debe conducir al templo” (16).

Reflexiona también sobre la imposición de una técnica impresionista por lo azaroso del viaje:

es una vorágine que nos arrebató y nos muerde, sometiéndonos al engranaje de sus mil solicitudes inesperadas, sacudiéndonos á cada instante con estremecimientos nuevos, borrando un panorama con otro, matando una sensación para hacer nacer una idea, y revolviendo en nuestro corazón todo lo que duerme y lo que flota, en esas grandes manotadas de remos que da la distancia al transcurrir dentro de nosotros (14).

Renuncia a tomar el viaje como justificación para expresar las reflexiones sobre sí mismo:

Mi deseo sería dejar correr en estas páginas sinceras todo lo que rebosa mi alma [...]. Pero esas largas disertaciones y monólogos serían quizás un desahogo egoísta que aburriría al lector, cuyo espíritu no puede vibrar al unísono, puesto que no ha sido impresionado por los mismos paisajes (19).

Hay por lo tanto una intención de superar el concepto de libro de viaje del Romanticismo:

El viajero debe fotografiar los sitios y las cosas, callando las apreciaciones que ellas le inspiran. Porque al obrar de otra suerte, parece querer dirigir, imponer sus juicios, implantar la dictadura de su sensibilidad. Seamos pintores y no comentaristas (20).

Sin embargo, la misma selección que realiza de aquello que describe y el tono con que lo hace revela un espíritu melancólico que trasciende la mera descripción de las gentes y del paisaje. Por eso su estilo es muy literario, con comparaciones y metáforas que expresan implícitamente la subjetividad del escritor: “El polvo blanco que se alza del camino al paso de las monturas, pone ante los ojos una cortina tenue, que da á los horizontes la vaguedad de un imposible” (21).

El escritor argentino hace una reflexión sobre el concepto del viaje que proyecta la diferencia entre lo latino y anglosajón. Para Ugarte aquel no entiende la inquietud de quienes se aventuran a viajar cuando lo mejor de la vida lo tienen su en propia tierra, y por eso atribuye al viajero, que normalmente es un inglés (palabra casi equivalente a “extranjero”) ciertas malas intenciones que el escritor argentino recrea: “la malignidad propia de las gentes que tienen poco en que pensar, no se da punto de reposo”, y continúa: “Quién imagina una fuga después

de un proceso desgraciado, quién una enfermedad mental, que empuja a las extravagancias”. La reflexión concluye con una curiosa charla con unos carabineros que relacionan al que viaja por una zona fronteriza con el contrabando, en la que el autor recurre al humor provocado por el equívoco:

-¿De dónde dice usted que viene?

-De Irún.

-¿Es usted de allá?

-No.

-Entonces no viene usted de Irún.

-Sí; he estado en Irún algunos días.

-Y cuando llegó usted á Irún, ¿de dónde venía usted?

-De Buenos Aires.

-¿Y viene usted de Buenos Aires por Bayona?

-No señor; ahora vengo de París.

El carabinero nos mira con severidad.

-Abra usted la más gorda... ¿qué libros son estos?

-Son libros míos.

-¿Los lleva usted para venderlos?

-No señor.

-Entonces, ¿por qué lleva usted una docena de ejemplares de la misma obra?

-Porque soy el autor de ella y espero tener el gusto de obsequiar á algunos amigos de España.

-¿Dice usted que es el autor?... Veamos... Veamos... *Crónicas del Bulevar*... doce ejemplares nuevos... pase usted á la taquilla, que ya le dirán cuánto es... (30-31).

Celoso de su intimidad, podría expresar una situación de riesgo trasladada desde su país, donde la desconfianza imponga límites a los datos personales que se deban revelar: “¿Hace usted el favor de su nombre? —nos dice la dueña, presentándonos esta eterna hoja policiaca con que se molesta inútilmente al viajero en todos los países del mundo, excepto en Inglaterra” (57).

Aquel que no entiende la razón del viaje a veces deja al descubierto las causas tan peregrinas que pueden arrastrar al viajero. Es lo que ocurre cuando Ugarte tiene que explicar el motivo de su visita a Zumárraga, un pueblo de paso con escaso o nulo atractivo:

cuando oyó que habíamos bajado en Zumárraga para visitar la población donde nació el conquistador de Filipinas, el huésped se encogió de hombros, como un padre condescendiente ante la veleidad de un niño caprichoso (31-32).

De esta manera se da un repaso a casi todos los tópicos que han supuesto en la literatura la recurrencia al viaje: inquietud cercana a la locura, huida, delincuencia [...]. Además aparece un lugar común en la literatura de viajes al establecer una metáfora entre éste y la muerte: “Y en el mareo del crepúsculo, en el desvanecimiento del atardecer, se diría que los árboles tienen miedo, y que el transeúnte es un explorador que se aventura en el país de la muerte [...]” (7). En ciertos casos el viaje supone para Ugarte una especie de arcadía:

Como pastores de égloga, los campesinos suben tranquilamente por los senderos, conduciendo pequeños grupos de corderillos que un perro ciñe y encierra, ladrando y saltando. Y parece que todo ríe en torno nuestro, como si la vida fuera una canción y el mundo un jardín (10).

Hay veces en que el viaje es concebido por el escritor argentino como un *locus amoenus* un tanto particular, porque ciertamente el viaje no lleva a un lugar paradisíaco, pero al menos permite huir de la gran ciudad y de sus inconvenientes:

Se experimenta una sensación de soledad, un escalofrío de aislamiento, una certidumbre dolorosa de inevitables destinos [...], (destinos que olvidamos en el bullicio de las grandes ciudades, pero que reaparecen con el silencio y se agranda con la distancia, cuando corremos arrebatados por el vértigo del vapor, á través de las tierras, de una ciudad á otra, en la pesadilla de los viajes (6).

La única virtud que encuentra en una ciudad como Salamanca es la de constituirse en lugar apartado que se adecua mejor a un estado de reflexión, aunque puede tener el inconveniente de estrechar la mente del pensador.

Hay una clara influencia del viaje romántico en este libro que se manifiesta, por ejemplo, en la estructura descriptiva que se emplea. Primero describe el paisaje: “comarca montañosa y solemne, llena de altibajos musgosos, de árboles graves, y de caseríos pequeños y hospitalarios [...]”. Luego el vestido: “Con la boina y la faja azul, con el pantalón claro, y las alpargatas recién compradas, pasea el vizcaíno por las calles de Bilbao ó de Vitoria, como un niño por un jardín”. A continuación habla del carácter: “Es trabajador y es sobrio. Ni le asusta la labor, ni le desalienta el fracaso”, etc. Y por último presenta un retrato de la mujer: “La mujer es hacendosa, robusta y fiel. De moza, contiene en la plaza el atrevimiento de los bailarines; de mujer, se

dedica á cuidar á sus niños” (25-26). El paisaje que describe camino de la Cartuja de Miraflores es absolutamente romántico.

Cabe preguntarse si la perspectiva tan lúgubre de lo que describe en Burgos está en sintonía con su espíritu, si en el fondo esa perspectiva le resulta grata al autor; pero a pesar de que esas sensaciones puedan identificarse con el espíritu de Ugarte, él mismo manifiesta que lo que le provoca es sufrimiento: “se muere uno de tristeza en esta ciudad”; incluso hasta llegar al patetismo más romántico:

En la ciudad sólo se oía el toque marcial de las cornetas que parecían interrogarse de un cuartel á otro, y, eterna, invariable, como una obsesión de angustia y de muerte, la lamentación interminable de las campanas que gemían sobre la población como sobre un cementerio abandonado ... Lloré al partir (46).

Toda esta inquietud existencial vuelve a manifestarse en la lúgubre descripción nocturna de Zumárraga, que para colmo culmina con el amanecer del 1º de noviembre:

día de todos los Santos, según las tradiciones de la religión dominante en la comarca Entonces recordé que, según el calendario de la Revolución francesa, ese era el día de LA VIDA. Y deseoso de respirar á plenos pulmones, salí afuera, hasta perder de vista la población (35).

Tampoco faltan las referencias literarias característica de los libros de viaje del Romanticismo: “Y nuestras imaginaciones, obsesionadas por Visen, sueñan grandes dramas panteístas e impersonales, donde gesticulan los elementos y las cosas” (6). Pese a manifestaciones como estas, Ugarte se propondrá una descripción de los paisajes y de las gentes lo más imparcial y neutra posible, sin que las lecturas e impresiones del viajero mediaten al lector. No obstante, tal propósito dejará de cumplirse a lo largo del libro.

Otro de los elementos característicos de los libros de viaje románticos que se encuentra en esta obra es la referencia a la superstición y a la leyenda de carácter fantasmal: “Presta oído a lo que murmura el viento y sabrás la misteriosa angustia de los que siguen teniendo vida sin tener forma para manifestarla” (8).

Pero ante todo Ugarte es un escritor modernista, y esto se manifiesta ya al principio del libro al referirse, por ejemplo, a la moda oriental que tanta fortuna hizo por entonces. En el primer párrafo del libro compara el paisaje español, por lo menos en un principio, con un paisaje oriental. También es propio del Modernismo esa desazón exis-

tencial heredada de los románticos que se expresa a través de símbolos, y que, como se verá, es recurrente a lo largo de esta obra:

Los pinos, ensimismados y lúgubres, cortan la línea del horizonte con una raya negra que pone luto en el cielo. El carácter solemne de la comarca, la inevitable melancolía de la estación y nuestra propia tristeza, dan á todo cuanto alcanza la vista alcanza una apariencia agonizante, como si la naturaleza fuese una mujer tísica condenada por el destino (6-7).

En cuanto al género del libro de viajes, la impronta modernista se refleja en la búsqueda de la esencia del ser humano en la historia. “Los años en la historia huyen unidos entre sí, como los mástiles del telégrafo en el vértigo del viaje, y sólo dejan en la memoria de las grandes generaciones la triste monotonía de sus delirios” (7). Pero a pesar de estas y otras referencias a la historia el propósito declarado de Ugarte es el de hablar de las personas.

La historia no es en realidad uno de sus propósitos principales, y esto se manifiesta en la manera en que hace referencia a las notas sobre Salamanca:

Leemos, saltando los párrafos,

25.000 habitantes... Alfonso VI... Conde de Borgoña... Infanta Urraca... obispado... Alfonso IX de León... Universidad... 7.000 estudiantes... expulsión de los moros... Tiebant... 1812 Arapiles... Wellington... etc, etc...” (58).

Y nos lanzamos de nuevo á la calle que en el crepúsculo empieza á ensombrecer.

A veces, las referencias a la historia conjuga elementos románticos y modernistas. De Fuenterrabía se hace una recreación característica del Romanticismo:

Desde las ruinas del torreón donde el rey de Navarra se sentó á contemplar tantas veces las fronteras. El Bidasoa parece un río que repasa dos vidas. La catedral gótica, con la sombría vetustez de sus molduras y sus torres: el palacio de Juana la Loca; el conde de Torrealta [...]. Desde las torres maltrechas se asiste al desfile somnolento [sic] de los siglos. Mil reminiscencias de historia brotan del campo donde evolucionaron tantas vidas. Y nada es más hermoso que soñar arcaísmos en este dintel de España (58).

La recreación de la historia es aún mayor y de claro carácter romántico cuando dice: “La silueta de un monje inquisidor le llama tierra

adentro, hacia imposibles hogueras encendidas. La sombra de un caballero armado le solita y le reta desde el sendero” (59).

Pero el siguiente pensamiento se identifica con una visión de la historia propiamente modernista, que busca la esencia del hombre:

parece que el tiempo retrocede y huye bajo nuestros pies, llevándonos cada vez hacia pasados más ignotos, hacia siglos más olvidados, historia adentro, hacia los primitivos orígenes del hombre, hacia el primer manto (21).

En otro momento dice:

Nos creemos transportados á aquellos siglos en que las multitudes se arrodillaban en las plazas y las inmensas catedrales surgían de la tierra y se improvisaban casi, por el esfuerzo común de una ciudad en delirio (21).

Al final se vuelve a la dialéctica que parece imponerse el propio autor, entre la inercia de lo sugerente que provoca sus reflexiones personales e íntimas y la descripción “objetiva” de lo que ve: “Pero todas estas imágenes de pesadilla nos vienen en gran parte de las lecturas. Y las lecturas son á menudo espejismos de otras almas. Olvidemos los libros y volvamos a la vida” (21-22).

Pero el pasado, sobre todo cuando se relaciona con lo religioso, tiene para Ugarte unas connotaciones muy negativas, y así dice de la catedral de Burgos: “El hombre moderno se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es aniquilamiento, tristeza, muerte infinita [...]. Volvamos á las calles, volvamos á codearnos con lo que vive [...]” (41). Sin embargo fuera también está presente ese sentimiento que se comunica a toda la ciudad: “Parece que todos los habitantes han muerto” (41).

De esta manera, está presente en la obra un ideario de izquierdas propio del autor que rechaza los conceptos más tradicionales.

La primera impresión sobre España cuando llega desde Francia es muy positiva, “se abre [...] un panorama nuevo y multicolor, lleno de pinceladas vivas, como un paisaje oriental” (6); sin embargo, esta primera impresión estará muy lejos de la que va a presentar del país durante el resto del viaje, donde va a predominar una actitud triste y un colorido ceniciento, probablemente en consonancia con su espíritu.

Al principio del libro hay una descripción muy lúgubre de las tierras francesas, que junto con sus habitantes se reflejan con una actitud muy negativa: “Y nada es más solemne que esta región inculta y des-

habitada, que este erial francés trágico y maldito, de donde han huido las gentes” (7). Una perspectiva que no deja de ser singular en un argentino, aún teniendo en cuenta que su admiración por Francia tenía que ver más con París.

La reflexión sobre el motivo del viaje le conduce al estado en que se encuentra España, proyectado en una sirvienta que no anhela salir de su pueblo, y que a lo único que aspira es a que su vida transcurra sin alteraciones:

Y en esa resignación, en esa pasividad conmovedora, me pareció ver el símbolo del pueblo español de hoy, que expoliado, herido, molestado por todos, no atina más que á cerrar los ojos y á dormir, como si un maleficio imposible le hubiera arrancado la tendencia a la vida (33).

El estado de los hoteles es una de las pocas cosas que manifiesta cierto progreso: “que desmiente en parte la clásica afirmación de los viajeros sobre los hoteles de España” (37). Por lo demás, critica la casi nula evolución que han tenido en siglos ciudades como Salamanca y su resistencia a cambiar lo que ha impuesto el pasado:

Con respecto de que un callejón ruinoso es muy característico y de que tales casas fueron edificadas hace quinientos años, nadie levanta en la ciudad una nueva construcción, ni modifica lo existente. La población no ha cambiado desde hace un siglo. Las costumbres, las ideas, todo sigue siendo lo mismo” (60).

No es extraña esta reflexión en quien se va a constituir en uno de los principales representantes de ideologías progresistas en Hispanoamérica.

Una explicación de las posibles causas del retraso en que se encuentra el país puede encontrarse en la siguiente anécdota: un niño le sirve de guía en un pequeño pueblo donde para el tren, y cuando habla del error que tuvieron los fundadores al colocarlo en ese sitio el viajero pregunta la causa y el niño contesta: “Como se saben esas cosas [...], viendo lo que pasa. ¿No ha reparado usted en lo mal que anda todo esto?” (51). Entonces parece que la responsabilidad del retraso del país se atribuye a motivaciones que se pierden en el tiempo. Este retraso se manifiesta también en el ámbito rural. Por ejemplo, se refleja en la ignorancia de una muchacha que habla con Ugarte sobre la arqueología.

Cataloga a San Sebastián como una de las pocas ciudades españolas que van con el siglo (las otras son Barcelona, Valencia y Bilbao),

por lo moderno y racional de su desarrollo. Se deduce por tanto la simpatía del autor hacia aquello que signifique progreso. Pero también hay una actitud crítica sobre todo el pragmatismo que conlleva, cuando habla de “estas buenas gentes que, en medio del utilitarismo del siglo, practican la solidaridad y se creen resarcidas de un trabajo con el placer que procuran” (28).

Ugarte sigue la línea de muchos viajeros hispanoamericanos por España al expresar una doble perspectiva. Por un lado la simpatía de quien comparte una misma cultura, pero por otro la conciencia del retraso del país:

Quien después de un día de viaje llegue cerrada la noche á la frontera de España, sentirá la natural alegría de la libertad, el lógico desahogo de sacudir la anquilosis á que condena el ferrocarril, pero también experimentará un extraño malestar, una inquietud rara al encontrarse transportado de un siglo á otro, como si por un inconcebible sortilegio se hubiera arremolinado las edades y volviéramos a vivir tiempos pasados (13).

Esa dualidad también se manifiesta en cuanto ve en los españoles casi por igual una misma cantidad de defectos y de virtudes, y de ello hace una síntesis en las primeras páginas del libro; valga como ilustración este fragmento: “tiene una gran debilidad: su veneración por el pasado; una gran energía: su fidelidad al terruño; y un gran defecto: su prevención contra lo francés” (15). Estas ideas en realidad proyectan las ideas revolucionarias del autor y su respeto y admiración por la cultura francesa que contribuye a hacer frente al expansionismo anglosajón en Hispanoamérica.

Se lamenta de que dos turistas francesas contemplen España como un país pleno de exotismo, dentro del cliché más tópico: “Yo escuchaba en silencio, devorando la tristeza de oír hablar de España como un país oriental por donde se viaja buscando las sensaciones de una civilización casi prehistórica” (42). Y se manifiesta a favor de que se supere el tópico romántico:

Junto a esa visión clásica, junto a ese cliché pintoresco que tanto ha rodado en escritos y conversaciones, aparece una España grave y solemne, una España de castillos vetustos; de almenas seculares, de campos desolados, una España de dolor y de cansancio, una España de leyenda que tiene el prestigio de cien siglos, las glorias del pasado, el peso de una historia, pero que parece agrietarse y caer vencida como un torreón medieval que desbarataron los tiempos (10-11).

No obstante, en otros momentos Ugarte considerará como un lastre para el país el peso de esta tradición.

Para el escritor argentino, muchos españoles tienen un concepto del mundo similar al de una aldea, y esto se ejemplifica cuando cuenta su conversación con la dueña de una fonda en Salamanca:

-¿Es usted un periodista?

-Sí señora.

-Entonces debe conocer á un chico paisano mío que es tipógrafo y que está en Madrid en la imprenta de *El Universo*.

-No señora, no le conozco.

La dueña me mira con sorpresa. Adivino su pensamiento. Este se las echa de periodista, se dice para su colete, pero ¡qué ha de serlo! si no conoce a Paquín, mi paisano (57-58).

Selecciona en un periódico los aspectos que describen esencialmente a la sociedad española, de manera que sin hacer ningún juicio está expresando su carácter triste y lúgubre: primero lee una necrológica, después un desfile militar y por último la reseña de una corrida de toros cómica. Al final prefiere quedarse con el espacio con el cual se identifica: "Optamos por contemplar el paisaje sombrío que se prolonga indefinidamente" (50).

En una anécdota sobre un mozo que se encarga de llevar las maletas y que intenta constantemente quiere saber de dónde procede el viajero, Ugarte transmite cierta curiosidad malsana de aquel por identificar al forastero. El mozo no consigue su objetivo debido a las lacónicas respuestas del argentino, pero está tranquilo, porque "ya encontrará él la manera de saber de dónde es el forastero que bajó del tren de las cinco y que, no siendo militar, ni cura, ni viajante de comercio, ni inglés, no puede venir á nada bueno" (55).

Reprocha a los españoles un exceso de generosidad, sobre todo relacionado con el estómago:

En Rusia todos los transeúntes nos reclaman el pasaporte, en España todos los compañeros de viaje nos obligan á engullir la mitad de lo que llevan; y si es condenable la costumbre que atenta contra la libertad, no lo es quizás menos la que la comprende contra los estómagos (50).

Hay un rasgo que Ugarte considera que los madrileños comparten con el resto del mundo; la fascinación por el oropel y los fastos que representan la Corona. Otro elemento del carácter de los españoles lo apunta el argentino cuando describe el paseo del rey por las calles de Madrid: "Y la palabra ruidosa y los gestos fáciles que son una de las dis-

tintivas del español, cobran en el enervamiento de la espera, mayor amplitud y más vivacidad” (71).

A través de una anécdota sobre un niño refleja Ugarte la gallardía de los españoles:

Uno de ellos me pide un cigarrillo.

-Pero, ¿tú fumas?

-¡Claro! Si no, no sería hombre.

El rapaz contiene un gesto indignado y se aleja.

-¡Ande usted!... ¡Inglés!...—me lanza desde lejos—, ¿cómo no he de ser yo un hombre?... ¡Si tengo nueve años! (18-19).

Ugarte se constituye en paradigma del carácter español por lo que hay en él de misticismo:

Como casi todos los españoles tienen un alma de teólogo, y como la religión corriente resulta estrecha para sus ideales, contraria á su deseo de razonar y enemiga de mucho de lo que él acepta, ha concebido la idea al mismo tiempo grandiosa y pueril de una vasta reforma que determinaría en España lo que hicieron en el resto de Europa hace más de tres siglos (61-62).

El escritor argentino asume en su libro los planteamientos positivistas que consideran que el paisaje condiciona la personalidad de los individuos: “Los paisajes y la vida pintan a los hombres mejor que la frase, y á lo largo de estas excursiones completaremos los rasgos de lo que creemos ser su fisonomía” (16). Y más adelante dice: “tienen casas usadas y hundidas, que están en consonancia con los callejones y pasadizos sepulcrales y lúgubres de la población” (39). Esta influencia se proyecta también en la intención de realizar reflexiones científicas sobre determinados temas, como ocurre cuando vaticina qué grupo político se hará con las riendas del poder en el futuro de España, deduciéndolo por eliminación.

Muchas veces la descripción del paisaje castellano recuerda la que expresaban los autores del '98, por la insistencia en los aspectos más lúgubres y tristes y en la identificación con su espíritu:

Los campos abandonados y tajados por grietas, las llanuras amarillas interrumpidas por pequeñas lomas y los escasos árboles desgajados, alargan la monotonía de su paisaje descolorido, como una desgracia irreparable bajo la imparcialidad del cielo Con la noche que empieza á verter su sombra doliente, aumenta en nosotros la melancolía (48-49).

La descripción de Salamanca es otro claro ejemplo, donde el calificativo triste o sus derivados son constantes, hasta concluir relacionándolos

lo con la muerte: “Y en la ciudad sonnolenta, que tiene la palidez de un enfermo, parece que todo prolonga la languidez de una agonía” (57).

Sus referencias a la capital del reino pueden extrapolarse al resto del país. Aunque el capítulo que le dedica se llama “Madrid de noche”, no se va a encontrar en él una ciudad sugerente y festiva, todo lo contrario; Ugarte continúa con ese tono triste característico de sus descripciones. Madrid es una ciudad cerrada, y vale como ejemplo el hecho de que los cafés no pongan en las terrazas dos filas de mesas, como en París, sino que la clientela se esconde dentro tras las cortinas de unas ventanas. Además, el afán de los madrileños por acudir a sesiones de teatro en la madrugada para ver obras de poca calidad sólo tiene para Ugarte una explicación: “tener un pretexto para dormir al día siguiente hasta las doce” (68), lo que implícitamente da idea del espíritu “laborioso” del país. Por lo demás insiste en la referencia a la mendicidad y a la prostitución, en sintonía con un paisaje de claras connotaciones:

Un chiquillo andrajoso nos persigue repitiendo con una voz monótona y suplicante: “Una limosna, señorito, que tengo mucha hambre, señorito, que no he comido en todo el día.” Dos mujeres de mirada dolorosa quieren llevarnos hacia una calle extraviada. El cielo obscuro, sin una estrella, gravita sobre la ciudad (68).

La perspectiva de Ugarte sobre la Corona es negativa, como no podía ser de otra manera en un hombre de ideas de izquierda a principios de siglo. El cortejo real es siempre un motivo de distracción para los desocupados: “Aguardar á que el rey pase y formular un comentario sobre su actitud, es un medio de acortar el día” (72); pero este comentario adquiere todo su sentido si se considera que las calles están abarrotadas de público, lo que da idea de la cantidad de gente inactiva en Madrid. Esta parece ser la función primordial de la Corona, entretener al pueblo: “-Quite usted de ahí, —dice una mujer del pueblo, empujando á un vejete emprendedor—, que los pobres no podemos ir al teatro y lo único que nos distrae es el aparato real y las procesiones” (72). Además, la figura del rey se presenta de una manera ridícula por su poca envergadura, de la que el mismo pueblo se mofa:

Lo que parece evidente es que no goza de universal prestigio, que no se impone á la admiración, que no domina a su pueblo.

Porque el pueblo español tiene demasiado apego a las fórmulas tradicionales y á las imágenes convenidas, para estar satisfechos de un monarca que abulta tan poco (73).

El último capítulo sobre España antes de pasar al comentario sobre una serie de nombres de la literatura española lo dedica a la situación política del país. Consta la presencia de cinco grupos: el reaccionario, el canalejista, el republicano, el socialista y el anarquista. Es significativo que Ugarte contemple como un solo grupo político al que forman los dos partidos de la Restauración, el conservador y el liberal, ya que considera que ambos por igual son de naturaleza reaccionaria. El canalejista es un grupo que propugnaría, según Ugarte, la reforma y la transición hacia el republicanismo. Pero para él el futuro de España estaría en el partido republicano, única línea posible a la que tendrían que apoyar socialistas y anarquistas. De aquellos menciona su desigual implantación en el país y justifica su pusilanimidad en los sucesos de Montjuich por el peligro que hubiera supuesto para la consolidación del partido y del sindicato una posible persecución. De los anarquistas señala que su presencia es mayor de la que se supone, sobre todo en Cataluña y Andalucía, y manifiesta la dificultad que entraña para su desarrollo el radicalismo que provoca la persecución. Profetiza, por último, la división del partido republicano entre aquellos que defienden el principio de propiedad y los que asumen el colectivismo. Al final hace referencia a los sucesos de Montjuich y, en línea con su ideología, culpa a la autoridad represora de las injusticias y torturas que impunemente ocurrieron en la montaña, pero no la considera gratuita, sino que aquella represión bárbara reafirmaría la causa anarquista.

Al vaticinar el futuro del país también presenta similitudes con la generación del 98, en cuanto constata la presencia de una juventud vigorosa. Pero según Ugarte esa fuerza es contrarrestada, sobre todo en el ámbito rural, por aquellos egoístas que pretenden que nada cambie por su propio interés. No está de acuerdo con Unamuno sobre la necesidad de que la solución al estado del país pase por que no se renuncie del todo al pasado; él no la considera correcta: "No vemos por qué no está preparado el pueblo español para la verdad, ni á causa de qué circunstancias inexplicables será necesario obrar con él de otro modo que con los otros pueblos" (62-63); esto es algo que manifiesta una perspectiva política mucho más radical en el escritor argentino.

Lo que parecía ya evidente en la descripción de los pueblos y ciudades descritas culmina en un capítulo cuyo nombre lo expresa casi todo: "España triste". Después de justificar su juicio franco propio de su carácter rebelde: "nosotros creemos que en nuestro siglo de combate todos tienen el deber de declarar su opinión sobre todos los asuntos" (77), concluye lo siguiente: "España es el país más triste que hemos visto. Todo respira en él el desaliento y la muerte" (78). No se produce en Ugarte el caso de otros autores donde esa tristeza en sintonía con su espíritu encuentra la alabanza del lugar. A pesar de que el argentino expresa de manera recurrente un estado de melancolía, rechaza la impresión que le provoca el país. Su iconoclasia lo aleja de aquella línea modernista respetuosa con la tradición y opta por la ponderación del progreso y la modernidad y el rechazo de lo viejo:

cuando un hombre empieza á tener costumbres, es que ha llegado al máximo de su crecimiento: ya no se puede esperar de él más que repeticiones. Cuando un pueblo empieza a tener tradiciones, es que ha dado ya todo lo que podía, y entra en el período de descenso. España tiene muchas tradiciones, demasiado plomo en las alas (81).

En definitiva, esta breve muestra de la obra de algunos viajeros hispanoamericanos por España en uno de los momentos críticos de su historia revela el interés que puede tener la mirada del otro; una visión enriquecedora por el distanciamiento que supone observar las cosas con una actitud distinta a la de los que lo viven desde dentro y, a la vez, siempre enriquecedora.

Bibliografía

- Carrizo Rueda, Sofía (1997): *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger.
- Moral Ruiz, Carmen del (1998): *El 98*. Madrid: Acento Editorial.
- Sierra, Justo (1991): *Obras completas, VI, Viajes (En tierra yankee/En la Europa latina)*. Edición, notas e índice de José Luis Martínez. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ugarte, Manuel (1904): *Visiones de España (apuntes de un viajero)*. Valencia: F. Sempere y C.^ª Editores.
- Viñas, David (²1974): *Literatura y realidad política. De Sarmiento a Cortazar*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Zorrilla de San Martín, Juan (1896): *Resonancias del Camino*. Montevideo: Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos.